



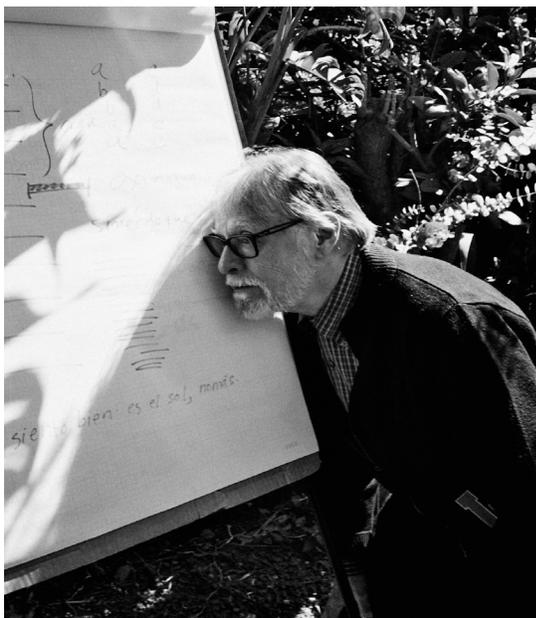
COSAS VISTAS

Recuento de acontecimientos de
importancia histórica, cultural y científica
reportados por la prensa nacional

EDWIN ALCÁNTARA

David Huerta, un “espíritu libre” que “era inmortal antes de morir”

“No hubo piedad para la luz / en lo más hondo de la desesperanza / dolía esa tarde de miedo”, escribió David Huerta en su poema *Testimonio*, que publicó en 1972, cuando tenía 22 años, y en el que vertió sus sentimientos por la matanza de Tlatelolco en 1968. Con este fragmento, *El Economista* (4 de octubre) recordó al poeta, fallecido el pasado 3 de octubre, y quien, en 1977, escribió otro poema sobre ese trágico episodio del 68, *Nueve años después*: “Yo me moví hacia afuera de la plaza, mi boca estaba quemada por los recuerdos, / y mi sangre estaba fresca y luciente como un anillo continuo”.



David Huerta en Tepoztlán, 2018, por Alejandro Arras.

“Un poema, tres rosas rojas y un paliacate cobijaban el féretro del poeta David Huerta”, es la primera imagen que recrea *Reforma* (3 de octubre) en su relato de las honras fúnebres de uno de los más altos creadores contemporáneos. Su hermana Eugenia recordó que su padre, Efraín Huerta, y su hermano, David, usaban paliacate al cuello, que era uno de sus distintivos. “Hemos perdido a un poeta mayor. Ya era inmortal, aún antes de morir”, expresó el también poeta Vicente Quirarte, quien recordó que Huerta no confiaba en instituciones: “No creía en El Colegio Nacional, no creía en la Academia Mexicana de la Lengua. Muchas veces se le invitó, pero nunca quiso estar. Siempre se mantuvo como un ser marginal y eso hay que admirarle: su espíritu libre, su autonomía, su capacidad de elegir lo que él deseaba”. Por su parte, el poeta José María Espinasa declaró: “Estaba escribiendo mucho y bien. Para mi generación fue un modelo, un maestro”.

En *Letras Libres* (octubre), Christopher Domínguez Michael evocó momentos significativos de su amistad con Huerta, sus colaboraciones en revistas culturales y proyectos literarios, e hizo un balance de su obra: “Fue David Huerta uno de los poetas más finos y complejos de la lengua española, desde *Cuaderno de noviembre* (1976) hasta *El ovillo y la brisa* (2018), pasando por *Incurable* (1987), su ancha obra maestra”; y lo calificó como “un sabio escrutador de poéticas (*Las hijas. Sobre poesía*)” que “nunca hizo concesiones

en cuanto a la alta cultura”. *El Financiero* (3 de octubre) apuntó que fue reconocido con el Premio Diana Moreno Toscano (1971), el Premio Nacional de Poesía Carlos Pellicer (1990), por *Historia*; el Premio Xavier Villaurrutia (2005), por *Versión*; así como el Premio Nacional de Ciencias y Artes 2015 y el Premio Excelencia en las Letras José Emilio Pacheco (2018).

Excélsior (4 de octubre) recordó una entrevista que le hizo con motivo de sus 70 años, en la cual afirmó: “En general me tomo esto de la muerte con bastante tranquilidad. Lo que no tolero y medio me enloquece es la muerte de los míos, la gente que quiero”. También hablaron a dicho periódico sobre la grandeza de la obra de Huerta, los escritores Luigi Amara, Silvia Molina, José Homero y Antonio Orlando Rodríguez.

El “solitario atlántico” que comía con sus alumnos al final del semestre en la colonia Juárez: cien años de Jorge López Páez

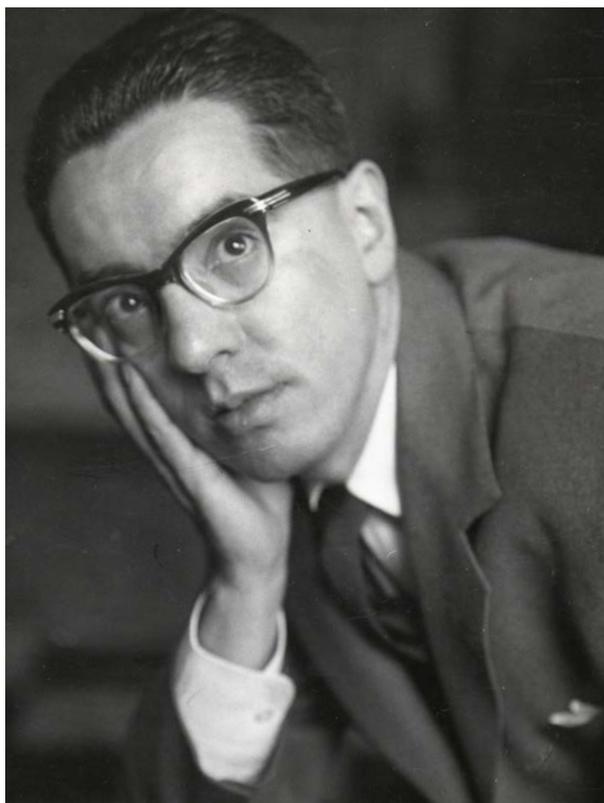
Con diversas actividades académicas y ediciones, se conmemoraron los 100 años del nacimiento del escritor Jorge López Páez (1922-2017), cuyas obras *El solitario atlántico* (1958), *Hacia el amargo mar* (1964), *Mi hermano Carlos* (1965), *Doña Herlinda y su hijo* (1993), entre otros títulos, constituyeron una innovación técnica y temática para la literatura mexicana. Dos obras inéditas de su autoría fueron presentadas en la Feria Internacional del Libro Universitario que organiza la Universidad Veracruzana (UV):

la novela *Clara Deschamps Escalante*, editada por el Instituto Veracruzano de Cultura, y el libro de cuentos *Sin ganas en Ghana*, bajo el sello de la UV. Asimismo, se anunció que el Museo Universitario de Arte Contemporáneo (MUAC) montaría una exposición con más de 100 cartas y dibujos que el artista plástico Juan Soriano le envió a López Páez. Las cartas fueron donadas al MUAC de la UNAM, casa de estudios en cuya Facultad de Filosofía y Letras el narrador veracruzano dio clases por 35 años. También, se concluyó la catalogación de los 2 135 libros que el escritor donó a la Biblioteca de México y que estarán a disposición de los lectores (*La Jornada*, 20 de agosto).

En un recorrido que hizo *Excélsior* (18 de agosto) por el que fuera su departamento, ubicado en la colonia Juárez, en donde López Páez invitaba a comer y convivir a sus alumnos, al final de cada semestre, se pudo admirar su título de abogado (expedido por la UNAM), el Premio Xavier Villaurrutia (1993) y el Premio Mazatlán de Literatura (2003), sus librerías, ejemplares de las revistas en las que publicaba sus cuentos, sus boinas, sus colecciones de búhos y platos de cerámica, así como el piano en el que el autor interpretaba obras de Schubert.

El Centro de Enseñanza para Extranjeros de la UNAM realizó un ciclo de conferencias, mesas redondas y conversatorios para homenajear a López Páez, con la participación de Alberto Vital, Enrique Serna, Jorge Muñoz Figueroa, Pavel Granados, Víctor Torres y Fernando Islas,

entre otros expertos; y con las lecturas de los actores Mario Iván Martínez, Angélica Aragón y Artús Chávez.



Retrato del Archivo Jorge López Páez, vía *La Jornada*.

La huella centenaria de Gabriela Mistral en México

En 2022, se conmemoró la llegada de la poeta chilena Gabriela Mistral a México; por ello, se realizaron diversos actos públicos, como un recital de poesía en el Palacio de Bellas Artes



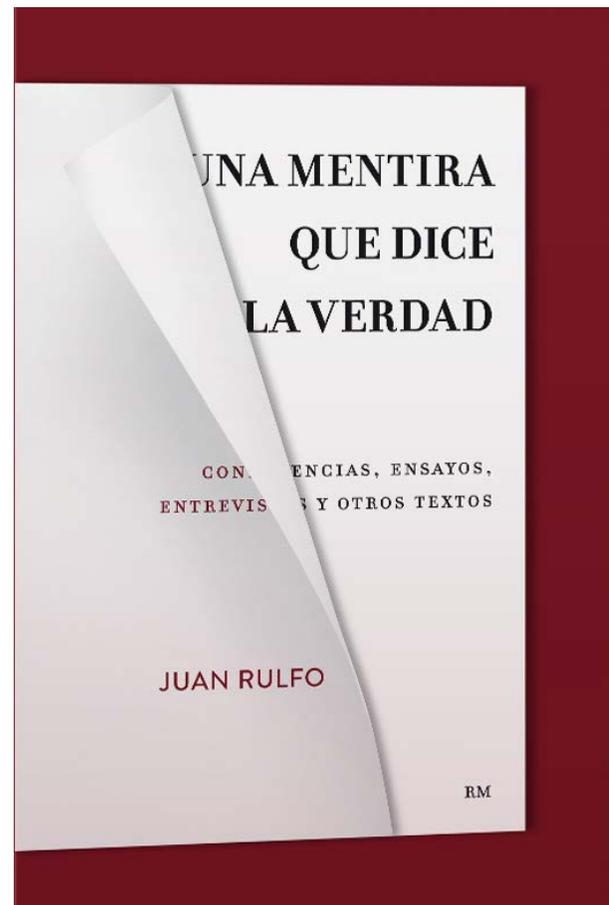
Gabriela Mistral, José Vasconcelos y otros en un acto público, ca. 1923, fotografía anónima. Fuente: Secretaría de Cultura.

y una sesión solemne de homenaje en el Congreso de la Unión (*Excélsior*, 19 de julio). En *La Jornada* (22 de julio), Alejandra Frausto, secretaria de Cultura, escribió sobre la que llamó la “huella imborrable” de Mistral, quien, entre 1922 y 1924, se unió a la cruzada educativa de José Vasconcelos en la tierra donde, como la misma poeta señaló, “recorría el suelo todavía garabateado de sangre luchadora”. La escritora viajó por comunidades de Guerrero, Hidalgo, Jalisco, Michoacán, Morelos, Oaxaca, Puebla, Querétaro y Veracruz. En Huautla conoció a María Sabina, y luego comentaría que entre los mazatecos aprendió “más de lo que nosotros enseñamos”. Impulsó las bibliotecas ambulantes, las escuelas nocturnas, la alfabetización de los indígenas y de los obreros; además, trabajó amistad con Alfonso Reyes, Pita Amor, Frida Kahlo, Diego Rivera y Roberto Montenegro. Numerosos testimonios, cartas, fotografías y documentos atestiguan el paso de Mistral por México.

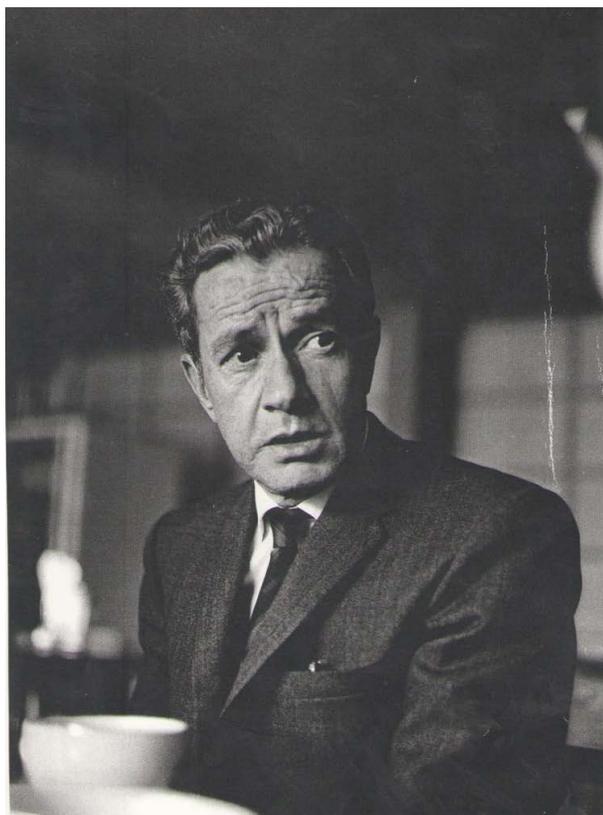
En un artículo publicado en *Milenio* (27 de agosto), Sara Sefchovich comentó que una de las misiones centrales de la poeta en México fue la de escribir un libro de texto de enseñanza para las niñas; sin embargo, consideró que su visión sobre la mujer fue poco revolucionaria, pues Mistral pensaba que la mujer debía ser “toda servicio y virtud, toda paciencia, oración y caridad”, y en su libro incluyó pasajes sobre la vida en familia de autoras como Selma Lagerlöf, sor Juana y María Enriqueta Camarillo, además de autores como John Ruskin, José Martí, Rubén Darío, Máximo Gorki y Søren Kierkegaard, entre otros.

Un Rulfo que nunca dejó la pluma y le robaba horas a la noche para escribir

En España, fue presentado el libro *Una mentira que dice la verdad*, que recopila cartas, prólogos, conferencias, entrevistas, reflexiones y comentarios inéditos de Juan Rulfo, en los que habla del mundo intelectual y la literatura mexicana. “Lo que puede tener de interés esta organización cronológica [de escritos] es que permite ver cómo va evolucionando Rulfo con el tema de la literatura y cuáles son sus intereses, es decir, cómo van cambiando a lo largo de 30 años”, apuntó Víctor Jiménez, director de la Fundación Juan Rulfo, quien presentó el libro junto con los investigadores José Carlos González Boixo y Juan Schulz. El libro es “increíblemente divertido, porque Rulfo no hace esa crítica académica pesada, sino que se permite



una multitud de ironías”, como la que hace respecto al movimiento literario de la Onda, destacó Boixo. En esos textos, el narrador decía no tener influencia de William Faulkner y estar más cercano a Knut Hamsun. Además, dedica párrafos enteros a la obra de Agustín Yáñez, Carlos Fuentes, Elena Garro, Alejo Carpentier, Carson McCullers, Fernando del Paso, Rosario Castellanos y Günter Grass (*Excelsior*, 29 de septiembre).



Crédito: Fundación Juan Rulfo.

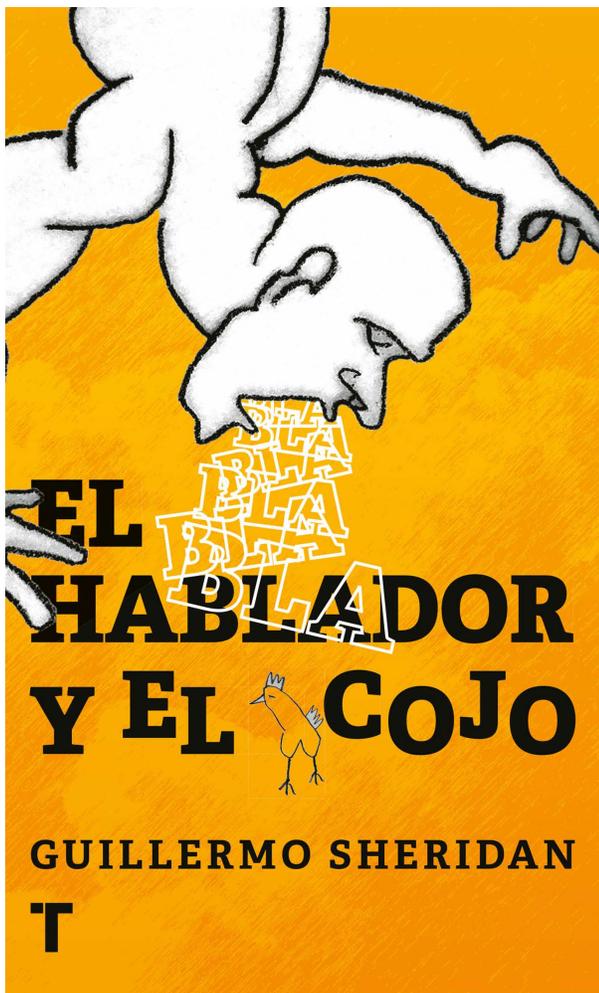
Jorge Zepeda, revisor del libro, comentó a *El Herald* (31 de agosto) que, contrario a lo que se cree, Rulfo nunca abandonó la pluma, pues “le robaba horas a la noche, incluso a la madrugada, para escuchar música y escribir. Él no dejó de escribir”, ya que después de la publicación de sus libros *El llano en llamas* (1953) y *Pedro Páramo* (1955), continuó escribiendo cartas, prólogos, conferencias y comentarios sobre literatura, como lo revelan los textos publicados en este volumen, los cuales provienen del archivo

del escritor resguardado por su familia, en los que se revela a Rulfo como crítico literario y, sobre todo, como un acérrimo lector.

Guillermo Sheridan y su iniciación espiritual

En su más reciente libro, *El hablador y el cojo*, Guillermo Sheridan hace una recopilación de sus textos aparecidos en *El Universal* entre 2018 y 2020, en los que ironiza sobre la sociedad mexicana y comparte vivencias personales y reflexiones. *Confabulario* (3 de septiembre) reprodujo un fragmento de dicho libro, donde, con su singular ironía, Sheridan recuerda la ocasión en la que, siendo un adolescente, Huberto Batis lo llevó a un centro nocturno: “Hicimos fila mientras la chicharra del gas neón tomaba fotos verdes y rojas. Pasada la taquilla, salvamos la adversidad de mi edad inadecuada con un par de billetes que me envejecieron un par de años e ingresamos por fin al más allá. Con algo de bodega y gallinero, atisbé entre la humareda a un centenar de caballeros ávidos de iniciación espiritual. Silenciosos en los precarios tablones, en una atmósfera reverencial casi religiosa, aguardamos a que el velo se levantara para atestiguar el desfile de diosas accesibles”. Una reseña de *Milenio* (10 de septiembre) comenta que por el libro de Sheridan desfilan figuras como Juan José Gurrola, Gerardo Deniz, Gabriel Zaid, Julio Verne, Andrea Camilleri, el Che

y Don Quijote, entre otros; y toca asuntos variados: el fútbol, los tamales oaxaqueños, la guerra de trincheras, los sismos y la filosofía oculta en el Renacimiento.



Guillermo Sheridan, *El hablador y el cojo* (México: Editorial Turner de México, 2022).

La Conquista explorada desde la fantasía, los sueños y el misterio

En su más reciente novela, *Tu sueño imperios han sido*, el escritor Álvaro Enrigue quiso imaginar a los conquistadores como hombres confundidos y agobiados porque no sabían si iban a salir vivos de Tenochtitlán, en caso de un conflicto bélico inmediato. En una entrevista con *Excélsior* (18 de octubre), explica que decidió ir más allá de las crónicas de Bernal Díaz del Castillo y del propio Hernán Cortés, para internarse en la ciudad mexicana a través de los olores y sabores en un relato fantástico que se inicia con el encuentro entre Cortés y Moctezuma, el 8 de noviembre de 1519. La novela está documentada en los hallazgos recientes que historiadores, arqueólogos y antropólogos han hecho en torno a los 500 años de la Conquista, pero, a la vez, es un relato fantástico que explora los sueños, el misterio, la violencia y el poder. El autor asegura que la narración enfatiza el papel de los traductores, Malintzin y Jerónimo de Aguilar, ya que eran ellos quienes estaban tomando las decisiones, pues decidían qué traducir y cómo hacerlo.

En otra conversación con *El Universal* (7 de noviembre), Enrigue expuso que la guerra mexicana-castellana tuvo un gran impacto en la modernidad y que después de la ocupación de Tenochtitlán se genera la primera gran ciudad moderna y globalizada del mundo, en la que conviven diversas razas, por ejemplo, con una importante población africana que se mantuvo

hasta el siglo XIX. Agregó que es necesario “sacar a las figuras históricas de las monografías para poder pensar en libertad y hablar sobre sus posibles motivaciones en un momento histórico”, ya que no iremos a ningún lado si “estamos platicando con estatuas”.

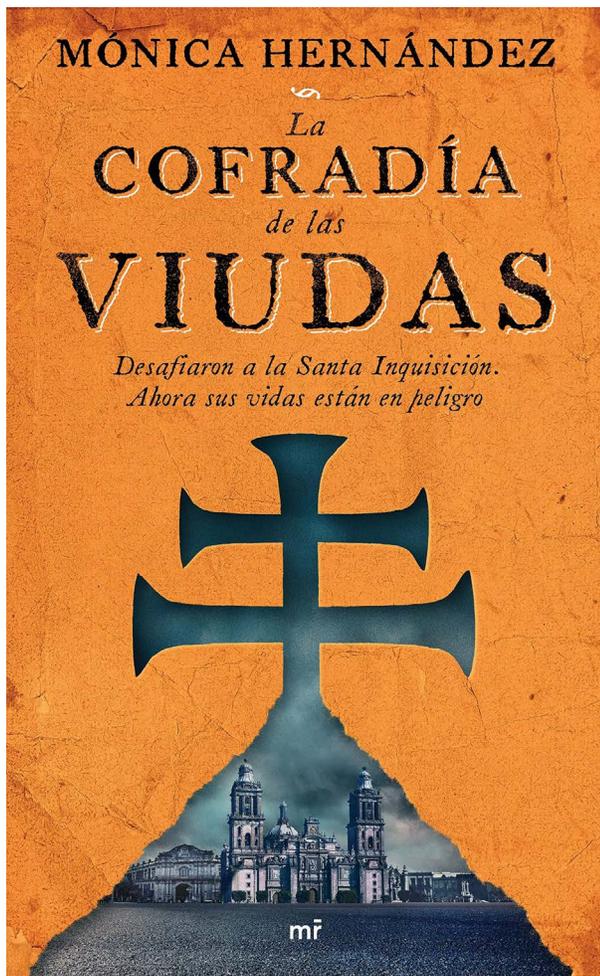


Álvaro Enrigue, *Tu sueño imperios han sido* (Barcelona: Editorial Anagrama, 2022).

La vida novelada de mujeres impresoras, influyentes en la vida social, política y cultural novohispana

Con un duro interrogatorio inquisitorial a la impresora Paula de Benavides, viuda de Bernardo Calderón, arranca *La cofradía de las viudas*, novela de la escritora Mónica Hernández, que despertó interés en la prensa cultural y en las distintas ferias del libro durante el 2022. La autora escribió un *thriller* histórico en el que imagina una asociación secreta de impresoras que, sólo a través de una alianza, logran hacer frente a la censura de la Santa Inquisición y al avasallante machismo novohispano, como apunta *El Heraldo* (6 de junio). La trama explora episodios de la vida de ocho mujeres que desafiaron al Santo Oficio y que, como lo destaca *La Razón* (6 de mayo), lograron con tesón y osadía derribar los muros que las limitaban, influyendo, así, en la vida social, cultural y política novohispana.

La autora explica que en Nueva España las mujeres no podían heredar, pues primero dependían del padre, después del marido, luego del hijo o del primo, del hermano o del confesor, si no había otro hombre en su familia. Eso fue lo que ocurrió por lo menos a una veintena de mujeres que se hicieron cargo de imprentas a lo largo de casi 300 años. “Debió ser una época muy restrictiva, sin embargo, tanto Gerónima Gutiérrez, viuda de Juan Pablos, como Paula Benavi-



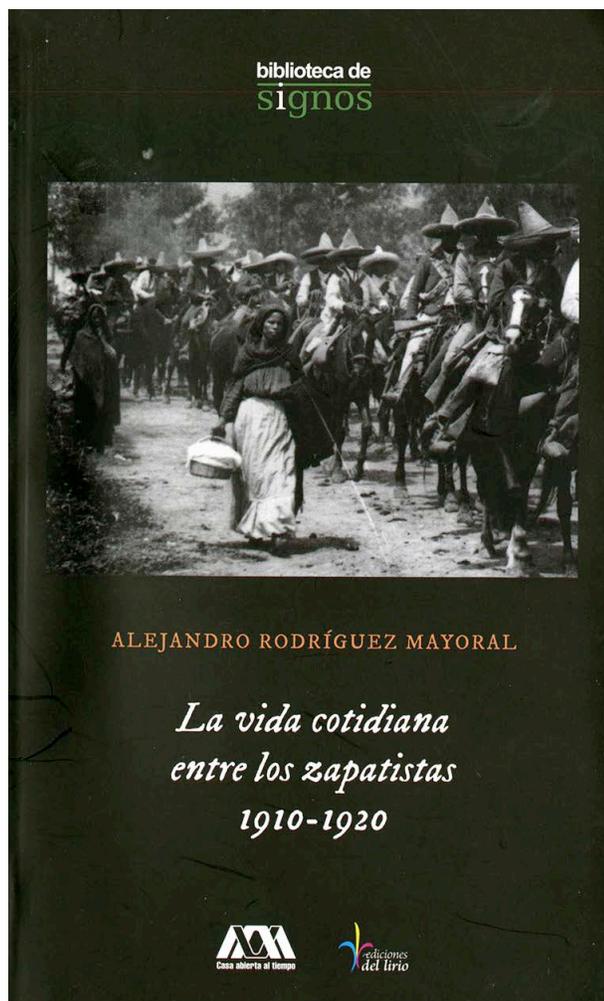
Mónica Hernández, *La cofradía de las viudas* (México: Editorial Planeta Mexicana, 2021).

des, viuda de Calderón, mantuvieron el monopolio de la impresión de cartillas, que es lo que usaban los religiosos para enseñar a leer a los naturales, a los niños y a las niñas en los conventos”, expuso la escritora a *El Heraldo*.

“Quise escribir una historia donde se pudiera corroborar el ánimo de unas mujeres capaces de hacer lo que fuera para alcanzar poder y mantenerlo. Es también un homenaje a los libros, a la letra impresa y a muchos de esos manuales que eran clandestinos, censurados y prohibidos”, comentó Mónica Hernández a *La Razón*. Y entrevistada también por *La Crónica de Hoy* (23 de mayo), afirmó que las mujeres tenían dos vías para la libertad: “Una era la de sor Juana, que eligió meterse en el convento para ser razonablemente libre, estudiar y escribir. La otra era la viudez, un estado que resultaba incluso deseable para muchas mujeres porque podían elegir no volverse a casar”.

Zapatistas de carne y hueso y mujeres que se batían en los campos de batalla

Testimonios de campesinos, arrieros, cantineros, niñas, niños, jóvenes, Adelitas y mujeres desamparadas son recuperados en el libro *La vida cotidiana entre los zapatistas, 1910-1920*, del historiador Alejandro Rodríguez Mayoral, quien recrea, entre otros aspectos, el uso del tiempo libre de los zapatistas, los cuales interactuaban con la población pacífica en bailes, ferias, juegos, corridas de toros, peleas de gallos, cantinas, pulquerías y festejos cívicos. Entrevistado por *Excelsior* (14 de noviembre), el autor comenta que uno de los ejes del libro es mostrar cómo la gente de la región debía negociar, tanto con los zapatistas como con las tropas del gobierno, para no ver afectados sus intereses. También re-



Alejandro Rodríguez Mayoral, *La vida cotidiana entre los zapatistas, 1910-1920* (México: Universidad Autónoma Metropolitana, Ediciones del Lirio, 2020).

fiere que la Revolución no se puede comprender sin el bandidaje, ya que así los rebeldes adquirirían dinero, caballos y propiedades para apoyar su causa.

El texto rescata también la contribución de las mujeres zapatistas, con su participación en múltiples actividades, desde la obtención y preparación de alimentos, el cuidado de la familia y los animales, la entrega de cartas, la atención a enfermos y heridos, hasta el suministro de armas y municiones, y su lucha en los campos de batalla. Sobre esta obra, *La Crónica de Hoy* (20 de agosto) destacó que Samuel Brunk, profesor de la Universidad de Texas, escribió que “es el primer libro que analiza la cotidianidad de los zapatistas a profundidad, explorando aspectos de la existencia humana que han sido ignorados”.

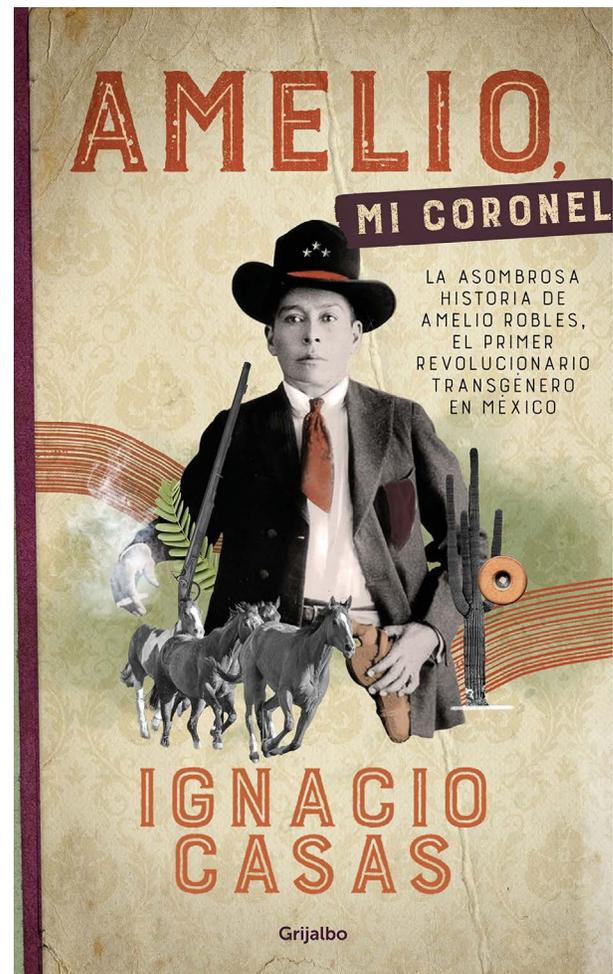
Amelio Robles, un coronel con afinada puntería que ganaba batallas

Yo, sin pensar, me subí al escenario y atajé a Lupita con mi cuerpo. Todo se oscureció. Sin hallar la salida la bajé, entonces me tomé de la mano y me guió pa'unas escaleras; subimos a lo más alto del teatro, ya arriba esperamos la calma. Cuando el corazón se le aplacó, y a mí también, entre la oscuridad me dijo: “Gracias por salvarme la vida, los carrancistas no tienen misericordia”, y luego me asestó un beso. Mi corazón latió más que un caballo desbocado. Desde las botas hasta el sombrero sentí algo nuevo, algo que no supe qué era.

La voz narrativa es la del coronel Amelio Robles, figura poco conocida de la Revo-

lución mexicana que el escritor Ignacio Casas imagina y reconstruye en su novela *Amelio, mi coronel*, y que, como señala la revista *Zócalo* (29 de junio), fue una de las primeras personas transgénero que alcanzó un grado militar en nuestra historia moderna. Nacida como mujer en 1889 y bautizada como Amelia, se caracterizó por ser una niña que aprendió a usar armas y a montar caballos. En 1912, cuando tenía 23 años, se unió a las filas zapatistas, comenzó a usar ropa de hombre y pidió ser llamado Amelio. El autor, quien se documentó en los acervos del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México (INEHRM) y en los archivos del estado de Guerrero, entre otros, muestra los conflictos internos del personaje, lo dibuja como un espléndido jinete con afinada puntería, que aprendió a cuidar a su tropa y a ganar batallas, además de que tuvo no pocos amores. “Hay varios casos de soldaderas que fueron revolucionarias notables, vistieron pantalones, usaron armas y dirigieron tropas, pero que al final regresaron a las enaguas y a sus casas. Amelio hizo lo contrario, se afirmó en su deseo”, expresó el escritor.

Entre música en vivo de salterios y la espléndida lectura dramatizada del propio Casas, durante la presentación de la novela en la Feria Internacional del Libro del Zócalo (15 de octubre), la narradora y ensayista Ana García Bergua apuntó que, con una libertad envidiable, “Nacho tuerce las palabras” para que el lenguaje sea el que quería que usara este soldado, al tiempo que conocemos episodios de la Revolución en el



Ignacio Casas, *Amelio, mi coronel* (México: Grijalbo, 2022).

estado de Guerrero. “Este libro me parece valiosísimo por muchos frentes: literariamente porque está espléndidamente bien escrito y porque recrea una voz históricamente no tan conocida; también es importante como reafirmación de la lucha por la diversidad”, agregó la escritora.